

VERDE RABIA

Eva Hibernia

DRAMATIS PERSONAE

Bernarda

María Josefa

Angustias

Magdalena

Amelia

Martirio

Adela

La Poncia

Sinopsis:

Muchos años después del final de la obra de Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*, Bernarda sigue dominando con mano firme a sus hijas. Ellas permanecen encerradas y acalladas alrededor del cofre con los restos de Adela, la hermana muerta, a la que han de vigilar y cuidar. Su constante necesidad de desobediencia les lleva a cometer pequeñas rebeldías y juegos perversos en su intento de encontrar una fuerza equiparable a la de su madre para derrumbarla. Cada una por separado y en conjunto, pagan las consecuencias de haber acatado el silencio, el confinamiento, el control de los instintos, el orden patriarcal. Sin embargo, dos mujeres parecen estar interiormente a salvo de la dominación de la gran araña materna, alimentando el espíritu de resistencia a Bernarda en las hermanas: María Josefa, la abuela, que vive confinada entre las galerías, y el espíritu de Adela, que sigue latiendo entre los muros. ¿No será toda la obra el sueño de la difunta Adela? Después del franquismo, de la transición, de la democracia, de la globalización, en el presente, en el derrumbamiento del orden, del mercado, de los valores de la cultura occidental, en el desastre ecológico, ante el abismo, contra toda ingenuidad, contra la insuficiente verdad oficial, esta obra pone el inconsciente patas arriba para liberar, para pensar, sentir y, en definitiva, para romper el hechizo.

Siempre he tenido la convicción de que el mejor arte era político y revolucionario. Eso no significa que el arte tenga que proponerse defender un programa o una política concretos; significa que las preguntas que hace que te plantees son incursiones en formas de anarquía, formas de cambio, que identifican errores, fallos y debilidades del sistema.

Toni Morrison.

Gracias a Federico y a Goya por alimentar mi mirada.

Dedico esta obra a mi buen amigo y compañero de letras, escenarios y sueños, Albert Tola.

I.

AMELIA: ¿Qué escondes en la mano?

MAGDALENA: Nada.

AMELIA: Mentirosa. Enséñamelo.

MAGDALENA: (*Evasiva*) Me subí al cerezo.

AMELIA: Ese cerezo está muerto.

MAGDALENA: No. Está viejo. Como nosotras.

AMELIA: Yo estoy muerta. Y tú. Y todas.

MAGDALENA: Adela, Adela es la muerta. Te confundes con la más guapa.

AMELIA: Adela solo está un poco más muerta. ¿Por qué aún siendo la más muerta sigue siendo la más guapa? ¿Tú lo entiendes?

MAGDALENA: Siempre te confundes con ser ella. Te pusiste su traje verde.

AMELIA: Verde rabia.

MAGDALENA: Y no llenabas el pecho.

AMELIA: Me lo puse todas las noches, a escondidas, frente a la luna, y comía almendras chiquitas y miga de pan porque eso hace crecer los pechos y le decía a la luna, Señora, hágame crecer también mis lunas como las tenía ella. Pero la luna no me hizo caso. ¿Tú lo entiendes? A ella le hacía caso.

MAGDALENA: Le hace caso. Aún muerta. Es su hija. Nosotras solo somos las hijas de Bernarda.

AMELIA: Le diré que has subido al cerezo y te deslamará a palos. Una mujer no se encarama a los árboles, por si se le ven las piernas, guarra, por si frota su sexo con líquenes y le da placer, guarra, por si se siente ardilla o pájaro y le da por tener pensamientos tan ágiles que su cuerpo se haga fuerte y liviano al mismo tiempo, guarra, ¿no ves que podrías salir volando, guarra? Y ella entonces, ¿que tendría?, dos hijas muertas.

MAGDALENA: Todas estamos muertas. (*en voz deliberadamente baja*) Ella nos ha matado porque está en su derecho, es nuestra madre.

AMELIA: ¡Shhhh, calla! Sabes que no has de pronunciar esa palabra si no quieres...

MAGDALENA: (*Le interrumpe.*) ¡Bah! Ahora está cazando.

AMELIA: Ya conoces su oído. (*Pausa breve. Apremiante*) ¿Qué encontraste en el cerezo? Está seco. Seco, seco, seco. Como tu vientre, como mis ojos, como el vientre y los ojos de todas. Está enmarañado de ramas muertas. Está para quemar. ¿Qué podía haber allí? Abre tu mano.

MAGDALENA: Mi mano es muy pequeña. Déjame.

AMELIA: Me das miedo con esa mano cerrada. Bernarda nos prohibió tener secretos.

MAGDALENA: No es un secreto si no decimos que es un secreto.

AMELIA: Pero hablaré.

MAGDALENA: ¿Por qué?

AMELIA: Porque es mi deber protegerte. Protegernos.

MAGDALENA: Nunca nadie podrá protegernos. ¿No ves que somos nosotras, nosotras, el monstruo? Las niñas lloran si se pronuncia nuestro nombre en sus cuartos y miran debajo de la cama para que no las ataquemos mientras duermen. Llevan escapularios en las gargantas para que no les mordamos en el cuello cuando vuelven de madrugada de las discotecas. Hasta los hombres nos tienen miedo.

AMELIA: ¿Los hombres?, ¿tú crees que aún existirán?

MAGDALENA: No lo sé. ¿Y si le preguntamos a Adela?

AMELIA: Madre no nos dejará.

Inmediatamente Amelia se tapa la boca. Se escucha el aullido de una hiena.

Lo siento. ¡Resulta tan difícil escapar de esa palabra en el medio de la lengua!

MAGDALENA: Ahora ya sabe que estamos hablando. Silencio. Silencio.

II.

BERNARDA: Silencio.

TODAS: Sí, madre.

BERNARDA: ¿Qué hacíais?

MARTIRIO: Lo de siempre: la una labraba, la otra cosía...

ANGUSTIAS: Y a la más pequeña sueño le venía...

A Angustias se le escapa una risilla y las otras le secundan por lo bajinis. Las cortinas que cubren em lecho de Adela se mueven.

BERNARDA: ¿Habéis estado jugando con Adela?

TODAS: No, madre.

BERNARDA: Tú, la risueña, ¿tanta gracia te hace que tu hermana duerma?

ANGUSTIAS: Me gusta que mi hermana descanse, madre.

BERNARDA: Eso está bien.

ANGUSTIAS: Me da alegría.

BERNARDA: Eso es demasiado. La alegría en este caso es morbosa. ¿Por qué eres tan desproporcionada, Angustias?

MARTIRIO: Al fin y al cabo mientras nuestra hermanita duerme ya no es una competencia para nosotras, madre, entiéndalo, por eso Angustias es feliz.

BERNARDA: Una hermana es una hermana. Una hermana nunca ha de ser competencia. Dejad a Adela dormir en paz. ¿No veís que si pensáis mucho en ella la váis a despertar? Siempre haciendo ruido, ¡sois tan descuidadas...! con las cazuelas, con el aspirador, con esas risas de hiena. Vuestra hermana es la más pequeña y la tenéis que proteger.

AMELIA: Cien años lleva dormida.

BERNARDA: Quizás necesite otros cien. Hay cansancios muy grandes. Se esforzó tanto por crecer que se cansó mucho. Es pequeña. Hay que andar de puntillas y hablar en susurros. No podéis sacarla de su cofrecito como si fuera una de vuestras muñecas y ponerle vestiditos.

MAGDALENA: Martirio le ha hecho un novio.

MARTIRIO: ¡Mentirosa!

BERNARDA: ¿Qué dices tú?

MAGDALENA: Sí, le ha cosido un novio con trapos y plásticos y prótesis de la farmacia.

BERNARDA: Martirio, ¿es eso verdad?

MARTIRIO: Adela duerme, pero Magdalena sueña, delira, quería mucho a su hermanita por eso sueña los sueños de Adela y se inventa cosas, tiene visiones. Madre, que venga el médico y nos de una pastilla a todas.

MAGDALENA: Mientras usted estaba cazando Martirio metió al muñeco adentro del cofrecillo, como marido de Adela.

MARTIRIO: Pobre Magdalena...

BERNARDA: Yo no salgo de caza, yo me ausento. (Pausa) Magdalena, ¿es verdad que tienes fiebre?

MAGDALENA: No, madre. Todo lo que he dicho es verdad. El muñeco ese tiene los ojos verdes, vivos.

AMELIA: Moreno de verde luna...

BERNARDA: ¡A callar!

ANGUSTIAS: Se los robó a un lobo, madre. Magdalena tiene razón.

BERNARDA: ¿Qué dices tú?

MARTIRIO: Estamos enfermas, madre. Llame al doctor, una pastilla redondita, redondita. Déjenos

dormir como duerme Adela, un año, solo un año.

ANGUSTIAS: ¿Se acuerda del lobo que trajo hace unos días? Martirio revolvió entre los despojos y robó las garras, los colmillos y los ojos.

BERNARDA: Os traje un cordero, comistéis lo que cada cristiano en su plato de domingo: cordero.

MARTIRIO: ¿No ve que es un verso, madre?

Martirio, con dedos y uñas,

revolvió entre los despojos

y le robó las pezuñas

los colmillos y los ojos.

Un romance de pesadilla...

ANGUSTIAS: Martirio lleva tiempo robando vísceras y poniéndoselas a los muñecos para que vivan. Se aburre con nosotras, es normal. Es un juego inocente.

AMELIA: En otra época hubiera sido científica.

MAGDALENA: En otra galaxia hubiera sido Dios.

ANGUSTIAS: Es normal que quiera crear algo nuevo.

MAGDALENA: No es eso, es que quiere seguir jugando a que Pepe viene a acostarse con nuestra hermanita.

TODAS: ¡Calla!

Silencio.

BERNARDA: ¿Os he hablado del cementerio?

TODAS: Sí, madre.

BERNARDA: Tengo que tener pies por vosotras y salir a ver. Hoy hace cuarenta grados.

TODAS: El infierno, madre.

BERNARDA: El infierno y ni una sola sombra en el camino.

TODAS: Talaron las higueras, madre.

BERNARDA: Todos los árboles se han ido secando, primero las lluvias, eran pocas y eran ácidas.

AMELIA: El agua quemaba, lo nunca visto.

MAGDALENA: La séptima plaga del faraón.

ANGUSTIAS: Y eso que la central nuclear no estaba cerca de nuestro pueblo.

BERNARDA: Segundo, el agua de los pozos estaba envenenada y las higueras empezaron a dar extraños frutos.

ANGUSTIAS: Daban miedo las higueras.

MARTIRIO: Parecían hombres gigantescos, con los brazos retorcidos de dolor, con enormes pústulas sanguinolientas.

MAGDALENA: La peste negra.

BERNARDA: Y por último los pozos se secaron, definitivamente, y a las higueras se las empezaron a comer unos insectos que les nacían de sus propios frutos monstruosos.

AMELIA: La Poncia decía que se escuchaban los gritos de las higueras al ser devoradas, unos gritos de muchacha.

MARTIRIO: Qué suerte tiene la Poncia que puede ir hasta el supermercado y ensuciarse los oídos con los gritos de los torturados.

BERNARDA: En este pueblo no hay torturados. Tenemos la desgracia del cambio climático. Eso dicen los telediaristas. Por eso vinieron los hombres aquellos con hachas y cortaron de cuajo a las higueras y las quemaron vivas en el vertedero.

MAGDALENA: La hoguera duró cien días.

AMELIA: Y cien noches.

ANGUSTIAS: Cien noches de fuego y cenizas que pusieron nuestros patios encalados todos renegridos y roñosos.

BERNARDA: Y así es como los caminos quedaron privados de sombra y yo tengo que subir la cuesta del cementerio bajo un sol inclemente, con tan solo la fuerza de mi determinación y la pobre defensa de una sombrilla.

MAGDALENA: ¿Y cómo está el cementerio, madre?

BERNARDA: Cada día más grande.

ANGUSTIAS: Se cansa usted más de la cuenta, madre.

BERNARDA: Me canso porque es mi obligación. Martirio, ¿te acuerdas de ese pelagatos que vino a pretenderte? Enrique Humanes se llamaba. Pues ya ha caído. Ahora le estarías llorando. Haz cuenta de lo que llevas ahorrado en lágrimas. Y los Flores, y los Benítez, y los Suarez, y los Calandria y los Benajení, y los Torres y los López Hijada y los Berenguer y los Calatrava y los Zurita y los Tomelloso y los Garrido y los Duato y los Guadamenir, todos en el hoyo, y Hermenegilda la rubia murió un lunes y su primogénita se fue detrás de ella el martes y la segunda hija el miércoles y la tercera el jueves y así, en orden, en filita india, todas las hijas hasta la novena. Qué familia tan bien disciplinada, qué hijas leales, qué gusto.

MAGDALENA: ¿Y... “ese”?

BERNARDA: De “ese” no he visto el nombre. Me he fatigado por todos los nichos, hasta he subido las escaleras por ver los nombres más altos, pero el suyo no hay maldita suerte de que esté inscrito en la piedra.

MARTIRIO: Yo digo que su jaca le llevó hasta al mar y de allí un barco lo llevó muy lejos.

BERNARDA: El mar lo habría devuelto, desnudo y amoratado, comido de peces.

MAGDALENA: Yo digo que su jaca le llevó hasta la última cima del norte, y allí aprendió otra lengua y a olvidarnos.

BERNARDA: El norte lo habría devuelto, desnudo y amoratado, comido por los colmillitos de la nieve.

ANGUSTIAS: Yo digo que su jaca le llevó a una ermita, y allí se olvidó de su nombre y del nuestro.

BERNARDA: La ermita lo habría devuelto, desnudo y amoratado de cilicios, comido por el hambre de mil ayunos.

AMELIA: Yo digo que está muerto en alguna cuneta.

BERNARDA: No puede estar muerto sin que yo lo sepa.

AMELIA: Él yace en una cuneta, confundido con otros cuerpos, y ella, nuestra hermanita, yace sola en su cofrecillo. Y ninguno tiene consuelo.

BERNARDA: No es así. Yo sabría si él no respira. Lo sabría.

AMELIA: Los caminos están llenos de fosas, madre, y las eras, hay muchas escopetas en la noche. Usted no puede saberlo todo.

BERNARDA: Como si pudiera.

ANGUSTIAS: Poncia nos dice que son los fuegos artificiales, que lejos se celebra una fiesta, en algún barrio donde la gente sale a bailar y a comer algodón dulce, pero nosotras sabemos que los gritos de alarma no son risas, que los disparos no son pólvora de colores.

MAGDALENA: Poncia insiste en que la gente se divierte yendo al psiquiatra y después a comer una hamburguesa, pero nosotras sentimos vibrar la tierra cada vez que un cuerpo cae al suelo.

BERNARDA: Nunca entenderé por qué no os conformáis con los ojos de Poncia y los míos, ¿qué es lo que queréis ver?, ¿pensáis que podéis ser más listas? Ya sé que hay zanjas abiertas en mitad del campo para comerse a los hombres con un tiro en la nuca. Por la noche, mientras dormís como corderas, yo salgo a lo mío y allá donde hay tierra removida escarvo. Tengo las uñas negras de buscarlo también ahí, en un hueco sin lápida ni responso. Y su cara no aparece. Su cara de niño verde no aparece nunca.

MARTIRIO: Usted no sabe bien cómo era su cara, madre. Nunca le miró como hay que mirar a un hombre.

BERNARDA: ¿Y cómo hay que mirar a un hombre, dime?

Pausa cargada, tensa. Un vaso se mueve sobre la mesa sin que nadie lo toque. Las hijas lo perciben aunque intentan disimular su fascinación. Bernarda no se da por enterada.

BERNARDA: ¿No sería mejor que le diga a tus hermanas que aticen la lumbre y que metan un hierro hasta ponerlo al rojo y que lo acerquen a tus ojos hasta que no quede en tu cara sino una gran cicatriz?

MARTIRIO: Ellas le obedecerían con gusto, madre. Deles ese placer. Ya que no las ha dejado descubrir el amor déjelas entregarse al placer del odio. ¿O tiene miedo de que la crueldad les fortalezca los huesos y de pronto sean más altas que usted?

BERNARDA: No me provoques, Martirio.

ANGUSTIAS: Hermana, ¿no te has dado cuenta de que era un verso? Una antigua romanza:

“Del destino emperatriz
puso un hierro en fuego rojo
y acercándolo a sus ojos
los selló en gran cicatriz.”

Una himno de pesadilla, no es nada más que eso. ¿Verdad, madre?

Las cortinas que cubren el lecho de Adela se mueven.

MAGDALENA: Adela duerme y todas soñamos sus pesadillas. Es nuestro deber, somos su familia.

AMELIA: Llame al doctor, madre. Necesitamos una pastillita blanca. Yo he comido pastillitas blancas y miga de pan mirando a la luna, Señora, le he dicho a la luna, Señora hágame eso que le hacía a las mujeres cuando no existían los hombres, deme eso, su semen Señora, deme las mareas y al niño que crece dentro de la zanja que llevo dentro. Deme al niño desaparecido en la zanja de mi vientre. Señora, le he suplicado a la diosa, mi madre tenía un cuchillo y lo enterró en el umbral de esta casa, por eso nadie viene a visitarnos, tienen miedo a cortarse las plantas de los pies y sangrar y sangrar tanto como para convertirse en río. Mi madre no es mala, solo que en esta tierra se secaron los ríos y por eso Bernarda tiene que enterrar cuchillos en los umbrales.

MAGDALENA: La primera plaga del faraón.

BERNARDA: Lo que tenéis es anemia. Hierro verde es lo que necesitáis. Le he dicho hoy a la Poncia que prepare la comida con bien de ortigas. Suerte que crecen encrespadas como olas de mar contra las tapias del patio.

AMELIA: Todas las noches en cruz mirando a la luna, pero la Señora no me escucha, ¿por qué no me escucha, madre?, ¿qué le he hecho yo para no ser su hija?

BERNARDA: La luna solo vive en los cuentos, Amelia, ahí es donde es poderosa, ahí es donde algo puede. En el cielo es un astro muerto. (*Con voz de contar un cuento.*) Lo vimos en la tele, en

blanco y negro, ¿os acordáis?, hace años los hombres llegaron a la luna, con su cohete, un enorme falo hecho de aleaciones de aluminio, y de allí salió un hombre pequeñito como un espermatozoide, con su lanza y su penacho y clavó su lanza en el polvo lunar y dijo, “te fecundo, eres mía, ya no me gobiernas”, y se puso a saltar sobre la luna muerta y fecundada, parecía un niño-microbio feliz, y con unas tijeritas de plata cortó los cordones umbilicales que nos atan a la luna y ahora todas sois huérfanas y solo podéis ser hijas mías. Tendréis que conformaros.

MAGDALENA: Adela no. Adela es hija suya. Yo la he visto pasearse por en medio de su luz, con su vestido verde, sonámbula y feliz.

BERNARDA: Adela es muy pequeña. Siempre será muy pequeña. Ella se ha quedado dormida para cuidar de nosotras. Mientras nosotras cuidamos de que no despierte ella cuida de que nosotras tampoco lo hagamos. Cada una a su lado de la sombra y todas quietas, como el agua mansa, cada una en su orilla. Adela es la hija viajera, siempre hay una hija viajera. Se fue a mirar el otro lado de las cosas. Os tenéis que conformar. Ahora ya ninguna más puede escapar, ella se sacrificó por vosotras. Era la más pequeña y la más fuerte, pudo con el peso de vuestros pecados por eso está mirándonos desde el otro lado. Tenéis que ser precavidas y no despertarla. ¿No veís que si la despertáis sería peor, mucho peor? Las diez plagas de Egipto no son nada comparadas con que Adela despierte. ¿Me oís?

TODAS: Sí, madre.

BERNARDA: ¿Me acatáis?

TODAS: Sí, madre.

BERNARDA: ¿Humilláis la cabeza?

TODAS: Sí, madre.

BERNARDA: ¿Comeréis lo que os ponga en el plato?

TODAS: Sí, madre.

BERNARDA: Entonces id a comer.

III.

AMELIA: ¿Lo ves, Poncia?

PONCIA: Solo es una mano cerrada.

AMELIA: La izquierda. Cuando Magdalena era pequeña era zurda, de eso me acuerdo.

PONCIA: ¡Cómo vas a acordarte! Hace mucho de aquello.

AMELIA: Sí, me acuerdo. Y Bernarda le entablillaba todo el brazo para que no pudiera utilizarlo y

aprendiese a hacerlo todo con la derecha. Me acuerdo de cómo Magdalena lloraba, sus gritos me dejaban sorda y no podía dormir.

PONCIA: Ser diferente es muy difícil. Tu madre lo hacía por su bien.

AMELIA: ¡Cuidado!, no la llames así. *(Pausa expectante. Después habla en susurros)* Estuvo a punto de cortarle la mano, ¿te acuerdas?

PONCIA: Bah, Magdalena era muy tozuda, Bernarda solo cogió el hacha para asustarla.

AMELIA: Debería volver a coger el hacha. Cuando Bernarda la increpe y le obligue a abrir el puño pretestará que tiene una parálisis, que ya está vieja y los tendones se le han quedado como una flor dormida hacia adentro. Pero es mentira, yo la vi subida al cerezo, vi como extendía la mano y la cerraba sobre algo. ¿Qué puede ser, Poncia? Tú eres lo más viejo de este mundo y sabes lo que no se puede saber.

PONCIA: No puede ser nada importante, el cerezo hace años que está seco.

AMELIA: ¿No crees que pudo quedar una cereza viva?

PONCIA: Imposible. Yo misma me encargué de regar el árbol con agua de los pozos.

AMELIA: ¿El agua envenenada?

PONCIA: Claro. Agua verde de bilis y vitriolo. Olía a charca y a podrido.

AMELIA: ¿Por qué lo hiciste?

PONCIA: Bernarda me lo pidió.

AMELIA: Era lo más bonito que teníamos en esta casa. Cada primavera nos anunciaba la esperanza.

PONCIA: Cada primavera anunciaba el deseo, era el Arcángel San Gabriel y os anunciaba la vida. Y luego, cada verano, os llenaba la boca de dulzura y desasosiego. Se tornaba rojo y os lo comíais, era el Mesías. Promesas, promesas, promesas... ¡bah!, Bernarda hizo bien en envenenar a los ángeles y a los profetas.

AMELIA: Sólo era un árbol.

PONCIA: Nunca un árbol es solo un árbol. Ni una fruta es solo una fruta. Ni un nombre es solo un nombre. Si no, dime, ¿por qué has robado tantas veces el vestido prohibido de tu hermana?, ¿no es solo un vestido viejo?

AMELIA: Todavía huele a ella.

PONCIA: Todavía huele a él.

AMELIA: A él y a ella, a los dos juntos, al amor.

PONCIA: Es lo más cerca del amor que vas a estar nunca, esa reliquia.

AMELIA: ¿Mis hermanas también han intentado robarlo?

PONCIA: Todas. Martirio la que más. Siempre encuentra mi escondrijo. Cuando se lo pone parece

un cuervo.

AMELIA: ¿Y qué hace con el vestido puesto, baila entre las gallinas?

PONCIA: Hace lo que hacen los cuervos: encuentra carroña. El vestido la transtorna y es más sensible a la sangre. Los dedos se le vuelven ganchos y abre todas las arcas y los arcones donde Bernarda me obliga a esconder los despojos de lo que caza para que os alimentéis. Entonces roba las vísceras, para sus muñecas.

AMELIA: Martirio es mala.

PONCIA: No le queda otro remedio.

AMELIA: ¿Por qué no la denuncias a... Bernarda?

PONCIA: ¿Y quién te dice que Bernarda no lo sabe?

AMELIA: Entonces, ¿también sabe que Magdalena esconde algo en la mano?

PONCIA: Entonces, ¿también sabe que tú comes ratones a escondidas?

AMELIA: Yo no como ratones. Eso es mentira.

PONCIA: Has aprendido de las culebras del patio, bailas para que los ratones se queden hipnotizados, te acercas, te acercas, abres la boca, sonríes, y ellos no pueden moverse.

AMELIA: Me aburro. Eso es todo. Le dije a la luna, Señora, muéstrame el poder, un poder, el poder de dominar a una mente pequeñita. Bailo ante ratones, es algo tonto, inocente, y tú haces que parezca perverso.

PONCIA: Te los comes. Yo no estoy ciega. Aquí cada una está intentando parecerse a vuestra...

AMELIA: ¡No lo digas!

PONCIA: A Bernarda, intentáis pareceros a Bernarda para poder acabar con ella.

AMELIA: Debería preocuparte Magdalena y su mano, no yo.

PONCIA: Pronto probarás con un gatito, y después con un hurón, y después con presas cada vez más grandes, hasta convertirte en una anaconda.

AMELIA: Tú eres la que me metes esas ideas en la cabeza.

PONCIA: ¿Yo? Pobre de mí.

AMELIA: Pobre de ti si consigo ser tu pesadilla.

PONCIA: Bah, no te tengo miedo.

Se escucha un aullido de hiena. Amelia le da un manotazo en la boca a Poncia.

AMELIA: Otra vez se te ha escapado, idiota.

Aparece Bernarda.

BERNARDA: ¿Qué hacéis que la mesa no está puesta?

PONCIA: Sí, Bernarda. Solo faltan los jarros.

BERNARDA: Amelia, llama a tus hermanas.

AMELIA: Sí, madre.

Sale Amelia.

IV.

BERNARDA: ¿Qué cuchicheabas con Amelia?

PONCIA: Nada, Bernarda, tonterías.

BERNARDA: Me pareció sentir que me llamábais.

PONCIA: No. Hablábamos de encajes y de costuras.

BERNARDA: Pues yo escuché el reverso de mi nombre.

PONCIA: Tienes el oído muy fino, como tu madre.

BERNARDA: ¿Está encerrada?

PONCIA: La pobre ya lleva tres semanas sin ver la luz.

BERNARDA: Bueno. Mañana le dejas salir cinco minutos con el sol de la tarde. Cinco minutos, ni uno más. Átala bien.

PONCIA: Cada día está más fuerte.

BERNARDA: Por eso te lo digo. Entonces, ¿qué?, ¿costuras y encajes?

PONCIA: Que quiere hacerse un vestido nuevo, figúrate tú.

BERNARDA: Antes me lo contabas todo.

PONCIA: Te lo estoy contando.

BERNARDA: ¿No vas a prevenirme? ¿No vas a asustarme?

PONCIA: ¿Yo?, ¿por qué?, ¿para qué?

BERNARDA: Si yo caigo tú caes conmigo.

PONCIA: Quiere hacerse un vestido igual al de Adela, piensa que como será negro tú no te darás cuenta.

BERNARDA: ¿Solo es eso?

PONCIA: Una chiquillada.

Entran las hijas.

TODAS: Ya estamos aquí, madre.

BERNARDA: Cada una se ponga delante de su plato.

MAGDALENA: Yo estoy desganaada, madre.

BERNARDA: Tú comerás lo mismo que todas. Estáis anémicas.

Un vaso lleva moviéndose hace un rato por la mesa, cae al borde rompiéndose.

BERNARDA: Poneros el antifaz.

Todas se cubren con un antifaz, menos Bernarda y Poncia.

Poncia, apaga las luces.

Poncia apaga todos los candelabros.

Poncia, sírvenos.

Se escuchan ruidos, jadeos.

ANGUSTIAS: Madre, yo creo que estoy empachada de ayer.

BERNARDA: Ay de tí si te dejas algo en el plato. Y no quiero oírte vomitar después.

MARTIRIO: Madre, a mí me ha salido una caries, me duelen los dientes para masticar.

BERNARDA: Si hace falta arrancártelos ya lo haré luego. Ahora te aguantas. Poncia, ¿ya nos serviste a todas?

PONCIA: Sí señora

BERNARDA: ¿Quién bendice la mesa? *(Silencio)* ¿Amelia?

AMELIA: Sí, madre. “El niño Jesús que nació en Belén bendiga la mesa y a nosotras también”:

MARTIRIO: *(Por lo bajo)* Sacrilegio.

MAGDALENA: *(Por lo bajo)* Nos merecemos las diez plagas de Egipto.

BERNARDA: ¿Alguna tiene algo que decir? *(Se escucha una arcada)* No quiero llantos. La comida no tiene por qué mirarnos de frente. ¡Silencio! *(Se escucha una arcada)* Las lágrimas en tu cuarto.

¡A callar he dicho! Y ahora comed.

V.

En la oscuridad, las mujeres comen con el antifaz puesto. Los platos son de oro y relumbran. Pequeños ruidos inquietantes. Ruido de puerta que se desatranca, goznes que chirrían. Entra MARÍA JOSEFA, en camisión blanco con volantes y chorreras, larguísima cabellera blanca, leonada, tan larga que arrastra por el suelo. Es casi un esqueleto pero transmite gran fuerza. Tiene los pies esposados entre sí con una cadena suficientemente holgada para andar, de ella parte otra cadena ascendente que acaba en una especie de cinturón metálico que encierra su pelvis por encima del camisión. Lleva una luz en la mano. Esa luz, así camina, ilumina sesgadamente, irrealmente, la escena. Poncia abre un sagrario y saca una chistera de lentejuelas, un palo y un látigo.

MARÍA JOSEFA: Tenía a mi cría sentada en las rodillas, mi cría hermosa, que era niño y niña, mi cachorrito de león que era sol y luna, mi pequeñuela de carne y sangre de polvo de estrellas de luz y mantequilla yo la tenía en el trono de mis rodillas y no lloraba, no, me miraba con sus ojitos, uno color noche y otro color día, y en sus manitas puse juguetes, los niños tienen que jugar. Le di el mundo, pequeñito, con todos sus continentes pequeñitos y todas sus gentes pequeñitas y todos los animales y las plantas que pueblan tierra mar y aire, pequeñitos, y mi cría lo sostuvo entre sus manos y agitó ese mundo pequeñito como un sonajero. Suena, suena, aúlla, ruge y relincha, ríe y berrea, rabia y rasga, trina y habla tu cascarilla de insectos mundo tonto, que mi niño te aplastará con su mano si quiere.

PONCIA: ¿Ya has vuelto a salir de tus mazmorras? Condenada bruja, ni que fueras de aire.

MARÍA JOSEFA: Poncia, ¿eres tú?, ¿eres tú, sapito de hiel? Estás dentro de un juguete, croa, croa, con tu cuenta hacia atrás, nueve, ocho, siete, seis... croa, croa y revienta, ¡pum!, cinco, cuatro, tres, explota, ¡pum!, bomba de hiel. A mi cría le haces reír y si quiere te aplastará con su pie.

PONCIA: ¿A dónde vas? Sabes que ya no tienes nada que hacer aquí arriba.

MARÍA JOSEFA: Me robaron a mi cría del regazo, unos hombres, con antorchas y mitras y báculos. Tengo que encontrarla, no seas mala. También me han robado mi manto verde, el que estaba hecho de helechos y musgo y pelambre esmeralda del bosque, me lo robaron unos hombres con maletines y hachas y fusiles. Tengo que encontrarlo porque si no, no podré abrigar a mi niño cuando lo encuentre. No seas mala, Poncia, aunque seas un sapo, Poncia ponzoñosa.

PONCIA: Yo no tengo a tu cría ni a tu manto. Nadie los tiene. Todo eso es una leyenda. Tienes que bajar la cabeza o Bernarda se pondrá furiosa. Eso es lo que de verdad te pasó, tu hija, Bernarda.

MARÍA JOSEFA: No, Bernarda no es mía, Bernarda no tiene madre porque no soporta que haya nada ni nadie antes que ella... ni soporta que quede nada ni nadie después de ella. Por eso chupa sangre, por eso pone puñales en los umbrales de las puertas para que la gente se corte los pies y se desangre por los caminos, cuando se debilitan ella los agarra y los trae aquí, yo sé que esta casa es un cementerio, cada día más grande.

PONCIA: No digas tonterías. Va a buscar comida, sí, pero está vendiendo todo el ajuar de sus antepasados a los estraperlistas. Me río yo de sus colmillos, lo único que tiene es esconder en el refajo los títulos de las tierras, las joyas, los libros raros, las pinturas sagradas, hasta ha llevado a subastar a los rusos los dientes de oro de la tatarabuela, esa de la que dicen que era marquesa.

MARÍA JOSEFA: ¿Dónde está mi cría? Acababa de nacer y reposaba sobre mi vientre. Aún latía el cordón. Estaba envuelta en mi sangre, en mi olor. Tenía el sexo del agua que todo lo acoge y el sexo del fuego que todo lo penetra, y era perfecta y hermosa. Vinieron oliendo a convento, con tocas negras vinieron y cortaron el cordón y envolvieron a mi cría con sus tocas negras para hacerla desaparecer. Me digeron que no sufriera ¡es un número de magia!, dijeron, ¡lo hemos hecho desaparecer!, ahora crecerá lejos y aprenderá a llamar a tus asesinos padre y madre y a obedecerlos, y le quitarán su ojo de luna y su sexo de agua y le enseñarán a coger un sonajero de plástico solo con la mano derecha, y a llorar, sobre todo le enseñarán a llorar hacia dentro hasta ponerse verde por dentro y desfigurar su corazón.

PONCIA: Estás loca, María Josefa, deberías conformarte con eso, con tu locura. ¡Salta por el aro! Si aceptas saltar por el aro Bernarda te dejará salir más. Mira, yo también tuve una madre loca como tú, ¿quién no tiene una madre que pierde la razón y empieza a inventarse cosas raras? Es una pandemia, lo dicen los telediarios.

MARÍA JOSEFA: ¿Los telediarios hablan de mí?

PONCIA: No, hablan de tu enfermedad y del gasto médico que supone. Vais a hundir el mundo los viejos, ¿sabes?, pero tampoco es beneficioso que os muráis.

MARÍA JOSEFA: ¿Qué hizo tu madre?

PONCIA: Mi madre pasó por el aro, aceptó la versión oficial y en seguida tuvieron compasión de ella, le rebajaron la condena de loca a senil, ¡menuda diferencia!

MARÍA JOSEFA: ¿Diferencia...?, ¿para quién?

PONCIA: Para todos. Y seguro que si tú aceptas la verdad oficial también te rebajarán la condena y tu hija podrá sacarte a pasear en silla de ruedas.

MARÍA JOSEFA: Yo no necesito silla de ruedas.

PONCIA: Después de la verdad oficial, sí. Y dime, ¿qué tiene de malo la silla de ruedas? Al fin y al cabo, ¿no queremos todos descansar? Mira Adela, lleva cien años en la cama y no protesta.

MARÍA JOSEFA: No lleva cien.

PONCIA: No queda tanto para que sean cien, y los números redondos son más bonitos.

MARÍA JOSEFA: Cuando yo era pequeña, debajo de la ventana de mi dormitorio había una charca y por la noche cantaban tus hermanas, Poncia, las ranas y los sapos. Sé cómo se las gastan los tuyos, bufones acostumbrados a cambiar de forma y de discurso para sobrevivir, con vuestra reserva de veneno y verrugas para dar asco a los niños.

PONCIA: ¿Les tirabas piedras desde tu ventana?, ¿los machacabas, bendita María Josefa? Dime, ¿tenías buena puntería lapidando?

MARÍA JOSEFA: Me confundes con Bernarda.

PONCIA: Es tu hija.

MARÍA JOSEFA: Aunque lo fuera. Aunque lo demuestre. Aunque me robe el color de los ojos o la forma de las manos. Incluso aunque usaran mi cuerpo para engendrarla. No me confundas con ella.

PONCIA: ¿No somos los hijos la conclusión de nuestros padres?

MARÍA JOSEFA: Yo tuve una cría, la tuve. (*Pausa breve.*) ¿La tuve? Algo me dice que sí, en el corazón, que era hermosa y radiante como la estrella Diana. Si me dejáis poner todos mis recuerdos en su sitio podría volver a tener crías, yo sé habitar la espera y hacer de ella algo vivo y hermoso, no soy como las hijas de Bernarda que se han quedado detenidas, podridas.

PONCIA: Están acabando de comer. Si abren los ojos y te ven tendré que coserte a latigazos. No me hagas ser tu verdugo. Vuelve abajo.

MARÍA JOSEFA: No seré yo quien os ayude a ser menos abiertamente crueles de lo que sois. Si tienes que detenerme, adelante. Pero yo busco la luz, que es lo mío.

PONCIA: Maldita vieja cabezota.

Latigazos, fieros, constantes, sonoros. MARÍA JOSEFA retrocede. Las mujeres se excitan, les tiemblan las carnes, ululan labios. Akelarre.

VI.

Akelarre. La luz se hace aún más irreal. El estallido del látigo es una tormenta sonora que circunda y viaja por la sala.

ANGUSTIAS: ¡Herманas! Está soplando el viento.

HERMANAS: ¡El viento, el viento!

BERNARDA: No es el viento, idiotas, son los soldados con sus cantos de guerra que marchan al frente. Esconderos, que no os vean.

ANGUSTIAS: ¡Es el viento solano con su aliento ardiente!

HERMANAS: ¡Es el viento, es el viento!

MAGDALENA: ¡Es el viento solano con su abrazo verde!

HERMANAS: ¡Es el viento, es el viento!

BERNARDA: No es viento, perras, es granizo en los tejados. Esconderos bajo las sábanas.

ANGUSTIAS: ¡Es el viento con su espada de metales lírios!

HERMANAS: ¡Es el viento, es el viento!

MARTIRIO: ¡Es el sexo del viento reventando los vidrios!

HERMANAS: ¡Es el viento, es el viento!

AMELIA: ¡Es el viento barbado y voraz de los cuentos!

HERMANAS: ¡Es el viento, es el viento!

BERNARDA: Cerrad las puertas.

HERMANAS: ¡Abrid los postigos!

MAGDALENA: Dejad pasar al señor de las rendijas, él se colará por todas grietas, hasta por las más chiquitas.

MARTIRIO: Hasta por los orificios de las cerraduras.

AMELIA: Hasta por las minúsculas hendijas.

HERMANAS: ¡Restalla, resuena!

BERNARDA: Cerrad la boca.

ANGUSTIAS: ¡Abrid las piernas!

AMELIA: Danos aguardiente, Bernarda.

MARTIRIO: Danos uvas y ramas de canela.

MAGDALENA: Abre tu despensa secreta, Bernarda.

ANGUSTIAS: Danos hierbabuena y mirtos para coronar al Señor del escalofrío.

AMELIA: Danos aguardiente para calentar su boca solana.

MARTIRIO: Danos uvas para agasajarlo.

MAGDALENA: Canela para emborracharlo.

HERMANAS: ¡Danos, danos, danos, danos!

BERNARDA: Está bien. Coged el aguardiente. Está en el sagrario.

Las botellas de aguardiente irá rodando y lanzándose de una mano a otra. Las mujeres se suben las faldas y se cubren la cabeza como si fueran toquillas. Las piernas y los pies quedan desnudos. Se ponen las sillas en la cabeza.

AMELIA: ¿Sentaste la cabeza, Martirio?

HERMANAS: *(Carcajadas)* Queremos descansar los sesos.

MARTIRIO: El mundo del revés tiene más sentido, hermanas.

MAGDALENA: Yo lo veo todo claro, ahora sí. Martirio, siempre pensé que eras una mujer ¡y eres un garabato!

HERMANAS: *(Aullidos.)* Martirio es un garabato es un gatarato es un varapalo...

ANGUSTIAS: ¡Es un pararrayos!

HERMANAS: ¡¡¡Venga la tormenta, venga la tormenta, y Martirio debajo de ella!!!

Arrojan latigazos de aguardiente sobre Martirio.

AMELIA: Tormenta de aguardiente para Martirio.

MAGDALENA: ¡Baila, garabato!

ANGUSTIAS: ¡Mueve esas alas de cuervo!

MAGLADENA: ¿Qué hiciste con los ojos verdes del lobo?

MARTIRIO: Se los puse a mi amante.

AMELIA: ¡Baila, garabato!

ANGUSTIAS: ¿Dónde lo has escondido, dónde has enterrado a tu amante?

MARTIRIO: En el cesto de la ropa sucia, para que aprenda vuestro olor de cerdas y sepa encontraros cuando estáis más indefensas y allí... os arrancará las entrañas.

HERMANAS: *(Carcajadas.)* ¡¡¡Venga la tormenta, venga el rayo, y Martirio en el medio a coronarlo!!!

ANGUSTIAS: Enciende las velas, Poncia.

PONCIA: Bernarda, cuidado, tus hijas tienen el vino triste, el vino verde y malvado.

BERNARDA: Juegan, a veces vuelven a ser niñas, necesitan estos desahogos.

AMELIA: Poncia, enciende la cera de los muertos.

MAGDALENA: Martirio cara de Martirio.

HERMANAS: ¡¡¡Venga el rayo, venga el trueno, y Martirio bailando en el medio!!!

MARTIRIO: El mundo del revés, pensé que érais mujeres y sois un trapo sucio sobre palos de escoba.

HERMANAS: ¡¡¡Somos escobas, somos escobas!!!

AMELIA: Barreremos los campos y los dejaremos sin cosechas.

MAGDALENA: La octava plaga del faraón.

BERNARDA: Juegan a juegos antiguos, déjalas. Ya no deben de saber ni lo que es un campo, ni cómo olía, ni lo que significa pisar la tierra con los pies descalzos.

PONCIA: ¿Qué tierra? ¿No se la has vendido toda a los rusos?

BERNARDA: Sí. Hasta la última parcela. En el Campo de la Garza os rusos van a abrir una fábrica de chinos.

PONCIA: ¿De chinos?

BERNARDA: Porque sale más barato fabricarlos en serie que tenerlos y criarlos, y de ahí los llevan directos a producir a otras fábricas de copias. Me han dicho que en Doñana ya funciona una fábrica donde están haciendo una copia del planeta punto por punto, con núcleo, corteza, manto y todo el copetín.

PONCIA: Qué pena perder Doñana, antes íbamos a ver pastar a los caballos.

BERNARDA: ¿Te acuerdas de los caballos?

PONCIA: Yo creo que su jaca lo llevó muy lejos, hasta oriente, y allí se lo tragó el sol que todo lo puede. Pepe escapó de ti, Bernarda.

BERNARDA: De mí no escapa nadie. Niñas, ¿os acordáis de los caballos, de los cimarrones y los gañanes?

MARTIRIO: Había un caballo de luna esa noche.

AMELIA: Le dije. Señora, deme su crin, deme su galope, deme su falo creciente, deme su relincho en la más oscura de las noches.

HERMANAS: ¡¡¡Venga, venga la tormenta y sus cascos de caballos, al galope, vengan sus crines de fuego, fuego, y el árbol seco de Maritio ardiendo en el medio!!!

Las hermanas, alrededor de Martirio que baila convulsa, la han empapado de aguardiente. Ahora cada una con una vela encendida se acercan estáticas, las bocas torcidas en un gesto repelente, los ojos desorbitados.

PONCIA: ¡Cuidado, Bernarda!

BERNARDA: ¿Cuidado? ¡Yo soy el miedo!

Las tres hermanas arrojan las velas sobre Martirio.

HERMANAS: ¡Ve con Adela!

Inmediatamente el cerezo seco entra en combustión. Magdalena grita y se dobla.

AMELIA: ¡El cerezo!

MAGDALENA: ¡Madre, apague el fuego!

ANGUSTIAS: ¿Qué te pasa Magdalena? Dios mío, cómo grita.

MARTIRIO: Huele a carne chamuscada.

MAGDALENA: ¡Madre, apague el fuego! ¡Por lo que más quiera se lo pido!

BERNARDA: Si quieres que apague el fuego abre la mano izquierda.

MAGDALENA: No puedo. Soy vieja. Los tendones se me han dormido hacia dentro, están paralizados.

BERNARDA: Entonces el fuego se quedará donde está.

ANGUSTIAS: Tiene el brazo negro.

MARTIRIO: ¡Que olor insoportable, abrid las ventanas!

El bulto de Bernarda crece desmesuradamente. Las hijas, tiradas en el suelo, revueltas, espantadas. Amelia de rodillas.

AMELIA: Madre, apague el fuego por favor, madre.

BERNARDA: ¿No tenías tú tantas ganas de saber que había dentro de ese puño?

AMELIA: Pero si no había nada, madre, si yo lo vi, no había nada, cerró la mano sobre el aire. Está vieja. Se le cierra el cuerpo de vieja.

BERNARDA: ¿Estás segura?

AMELIA: Solo lo pensé mal por envidia, por envidia, por escoria verde madre, perdónela, perdóneme, lo pensé mal. Apáguelo.

El cerezo deja de arder. Magdalena deja de gritar; ya solo gime.

BERNARDA: Me vais a soñar de día y de noche. ¿Estamos?

Bernarda desaparece. Las hermanas se miran las unas a las otras. Amelia coge la cabeza de Magdalena y llora, las demás le ayudan a curarla.

AMELIA: Adela, Adela, Magdaadela, niña mía.

MARÍA JOSEFA vuelve a emprender su caminata, esta vez hacia el centro de la espiral. Ahora los siseos son rugidos de león suaves. Mientras ruge, lentamente va levantando los brazos como los leones cuando se yerguen sobre dos piernas, las muñecas, manos y dedos en forma de garras. Cuando se le acaba el aire hace la onomatopeya del tiempo, un brazo crece hacia arriba y otro hacia abajo, en cada pausa el sentido de los brazos cambia.

MARÍA JOSEFA: Gggggggggggg, tic-tac-tic-tac, gggggggggggggggggggggggggggggg, tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac, gggggggggggggggggggggggggggggg, tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac

MARÍA JOSEFA calla y escucha expectante.

MARÍA JOSEFA: ¿Nadie?

ECO: ¿Niño mío?

MARÍA JOSEFA: ¿Puede?

ECO: ¿Vámonos?

MARÍA JOSEFA: ¿Abrir?

ECO: ¿A la orilla?

MARÍA JOSEFA: ¿Semillas?

ECO: ¿Del mar?

MARÍA JOSEFA: ¿En el corazón, en el corazón, en el corazón don don don?

ECO: Yo te daré... en el corazón, en el...

MARÍA JOSEFA: ¿Sueño?

ECO: ¿Yo te daré la teta y el pan, parabarabán?

MARÍA JOSEFA ríe.

ECO: *(Muy rápido, susurradísimo, apasionado, aterciopelado)* María Josefa.

MARÍA JOSEFA: *(Sorprendida, enamorada)* ¡Amor!

Silencio.

Se escucha, extramuros, alto, lejano, el trinar de un pajarito, quizás un petirrojo.

MARÍA JOSEFA se lleva las manos al pecho, mira hacia lo alto, inspira sonoramente con la boca entreabierta, sensual.

VII.

Las hermanas. ANGUSTIAS está tocando un arpa de oro, mientras toca canta la contrafacta de una canción sefardí “El rey de Francia”. AMELIA peina con peine de marfil la cabellera de MAGDALENA. Esta, tiene el brazo izquierdo vendado y mantiene la mano cerrada. Tiene un gran cedazo de maya prieta en el regazo. Con los largos dedos de la mano derecha selecciona los granos de cereal partidos y las escorias entremezcladas y las deshecha. MARTIRIO está cosiendo lo que parecen unas enormes alas de murciélago. La tela es irisada. Al fondo unas cortinas se mueven balanceadas por el viento.

ANGUSTIAS: *(Canta.)*

El Rey de Francia

cinco hijas tenía

la una lavrava

La otra cuzia

La otra pentinaba

la otra barría

La mas chica de ellas

Bastidor hazia

Lavrando lavrando

Sueno le caia

Su madre que la vía

avarhar la quería...

MARTIRIO: ¿Qué significa eso, “avarhar la”?

ANGUSTIAS: *(Sin dejar de tocar.)* Pegarla.

AMELIA: Aporrearla.

MAGDALENA: Darle una buena tunda.

MARTIRIO: Bernarda, vamos.

ANGUSTIAS:

Su madre que la vía

deslomarla quería...

'No me apalice mi madre

Ni me apalizaría

Un sueño me soñaba

Bien y alegría'

'Sueño vos soñavax

Yo vo interpretarí...

MAGDALENA: ¡Que no se lo cuente!, ¿se lo cuenta?

ANGUSTIAS: Se lo cuenta.

MAGDALENA: Ahora viene cuando le destroza toda esperanza. ¿Tienes unas tijeras?

MARTIRIO: ¿Para qué quieres mis tijeras?

MAGDALENA: Corta el aire, anda, que se acabe ya este canto.

Silencio.

MAGDALENA: ¿Habéis visto cómo se mueven las cortinas?

AMELIA: Es la brisa de la marinada, asciende desde el mar, cruza los puertos y los secarrales y se cuela de rondón por la chimenea.

MAGDALENA: ¡Qué cosas te inventas!

ANGUSTIAS: ¿Creéis que es ella?

MAGDALENA: No sé, podría ser. La otra vez hacía moverse los vasos de sitio. ¿Os acordáis?

ANGUSTIAS: Y cuando tiró la copa al suelo el otro día, ¡qué susto!

AMELIA: ¿Cómo va a asustarte tu hermanita? Además, es la brisa...

MARTIRIO: Tranquilas, está soñando.

ANGUSTIAS: ¿Cómo lo sabes?

MARTIRIO: Sueña con él.

AMELIA: ¿Con Pepe?, ¿todavía?

MAGDALENA: Los muertos no sueñan.

MARTIRIO: ¿Y qué sabemos nosotras?

ANGUSTIAS: ¿Qué sabes tú?, ¿qué estás cosiendo?, ¿un muñeco?

MAGDALENA: Un vestido de novia.

AMELIA: Sí, juguemos a que Adela se casa.

MARTIRIO: Yo seré el novio.

ANGUSTIAS: ¿Te estás cosiendo un falo, es eso?

AMELIA: No podemos sacarla de su cofrecillo, pero podemos meternos en él.

ANGUSTIAS: ¡Oh sí! ¡qué divertido! Como cuando éramos pequeñas y nos escondíamos juntas.

MAGDALENA: Pero no vamos a caber.

AMELIA: Nos apretujamos.

ANGUSTIAS: ¿Cómo? Hemos crecido demasiado.

AMELIA: Cuando la luna es un filo en el cielo, así tan estrechita como se ve, también está entera.

MAGDALENA: Mirad las cortinas. Es ella, seguro...

MARTIRIO: Es él.

HERMANAS: ¿Él?

MARTIRIO: ¿No oléis los jazmines? Es él que la está buscando.

AMELIA: ¿Todavía?

MARTIRIO: Siempre.

ANGUSTIAS: Vamos dentro, al cofre, con Adela. Que se confunda, que nos encuentre...

MAGDALENA: Que nos confunda con la más guapa.

AMELIA: ¿Vamos?

MARTIRIO: Vamos.

Se dirigen a abrir las cortinas.

VIII.

PONCIA: ¿No te duelen los huesos?

BERNARDA: No. Es un privilegio que no puedo permitirme.

PONCIA: Tampoco has fregado escaleras.

BERNARDA: Para eso estás tú aquí.

PONCIA: ¿Quieres ponerte polvos en la cara, colorete?

BERNARDA: Dame el vestido de Adela.

PONCIA: ¿El vestido de Adela?

BERNARDA: Sí. Con eso será suficiente.

PONCIA: Pero...

BERNARDA: No. No lo voy a vender. *(Pausa)* ¿Te lo has puesto alguna vez, Poncia?

PONCIA: Nunca, Bernarda. Te lo juro.

BERNARDA: No te culpo si antes de esconderlo te lo has puesto en la intimidad de tu espejo. Hace tanto que no somos mujeres..., mi hija tenía esa extraño poder. No sé de dónde lo sacó. *(Pausa)* ¿Tú lo has sido alguna vez?

PONCIA: Qué importa lo que yo haya sido o lo que sea ahora.

BERNARDA: Tienes razón. Dame el vestido.

PONCIA: Lo vas a romper.

BERNARDA: Fíjate cómo huele. Ante este olor ninguno de los compradores podrá resistirse.

PONCIA: ¿Qué te llevas hoy?

BERNARDA: Joyas. Están ahí, en ese pañuelo.

PONCIA: ¿Todavía quedan joyas?

BERNARDA: Mi casa ha sido grande.

PONCIA: Estos pendientes me hacen recordar a unos que tenía Hermenegilda la rubia, y este collar es idéntico a las perlas que llevaba su primogénita, y este camafeo lo lucía la hija segunda, aquella muchachita tan graciosa, ¿cómo se llamaba?

BERNARDA: Camafeos como estos los hay en todas las familias. Dame mi sombrilla.

PONCIA: En el telediario lo han dicho, hoy estamos a cuarenta y cinco grados.

BERNARDA: Qué le vamos a hacer.

PONCIA: ¿Por qué talaste los árboles?

BERNARDA: Fue un buen negocio. No hables tanto. Me das dolor de cabeza. *(Pausa.)* Poncia.

(Pausa breve.) Mírame. *(Pausa breve.)* A la muerte hay que saber mirarla cara a cara. *(Pausa breve.)* Me duelen los huesos, pero volveré antes del amanecer, como siempre. *(Pausa breve.)* No dejes que hablen mucho. Las pobres ya no saben lo que dicen.

IX.

Las hermanas descorren las cortinas. ADELA en su cofre, vestida de puntillas, espumas, encajes y azahares, como una Virgen. Una luz mimba el cofre.

ANGUSTIAS: Adela, ¿estás ahí?

MAGDALENA: Tenemos frío, ¿estás ahí?

AMELIA: Déjanos un hueco a tu lado, ¿estás ahí?

MARTIRIO: Queremos contarte un cuento para despertarte, ¿estás ahí?

ANGUSTIAS: Un cuento hecho de nuestros pedazos, ¿estás ahí?

AMELIA: ¿Crees que podremos?

MAGDALENA: He oído como rechinaba la verja, ya ha salido de caza.

ANGUSTIAS: Poncia está limpiando las ortigas, no vendrá.

MARTIRIO: Adela que se era era, que yo tenía una aguja de plata, todas las noches me encerraba en mi cuarto a coser, cosía muñecos cada vez más vivos, esfinges de trapo y sangre verde que un día volarán y asediarán todas las ciudades, yo seré la novena plaga del faraón... ¿y tú Angustias, qué

haces en tu cuarto por las noches?

ANGUSTIAS: ¿Yo...? Yo era que era que amaso boñiguitas y las entierro debajo de mi cama, y en cada boñiguita pongo la larva de un pensamiento y la cubro bien cubierta para que el pensamiento no llegue a las narices de nuestra “mmmm”. Tengo muchos pensamientos creciendo escondidos en las boñiguitas. Cuando sean lo suficientemente fuertes nacerán del todo. ¿Y tú que haces en tu cuarto, Amelia?

AMELIA: Amaestro a los ratones. Te reirías tanto si me vieras, Adela. Les hago bailar. Tú eras la que mejor bailaba de todas, ¿no quieres bailar, hermana?

ADELA: *(Muy suave. Sin moverse ni abrir los ojos.)* ¿Y tú, Magdalena, qué haces en la hora verde de la rabia?

MAGDALENA: Volverme hiedra. Pensé que de tanto encaramarme al cerezo lo había asfixiado. Pensé que todo era por mi ira, por mi pena, por mi culpa. Pero una mañana encontré esto...

Magdalena abre la mano izquierda. Tiene un huevo de pájaro.

MAGDALENA: Y decidí quererlo y protegerlo como si fuera mío.

Adela comienza a levitar; irá ascendiendo cada vez más en su parlamento. Del huevo surge el sonido de un petirrojo, trina cada vez más fuerte.

ADELA: Yo también tengo mi cuento, hermanitas, otros lo contaron porque lo hacían mejor. Yo supe morirme bien, pero otros lo cuentan mejor. Siempre es así. Contarlo mejor es contarlo con las palabras que a nadie ofenden. La gente suele morirse bien, pero si lo tuvieran que contar, por qué murieron, por qué le abrieron un agujero en el cráneo, o le devoró el cáncer, o se tiró a las vías, o se mordió la lengua hasta reventar de verde, lo contarían fatal. Ofenderían. Y pondrían los suelos de las casas perdidos de mierda. Hay palabras que ensucian demasiado, parece ser. La Poncia no tiene miedo a la suciedad, ya lo sabéis, ha nacido para vivir de rodillas y mirar al suelo, no puede ofenderse por nada. Pero ya nadie quiere ser la Poncia. Y a nosotras nos hicieron creer algo, ¿os acordáis? Yo ya no me acuerdo. Me acuerdo solo de que me llevaron ante un cuadro y me contaron mi cuento. Me vi pintada en una cama, rodeada de hombres con sus togas y sus monóculos, con sus cetros de oro y sus banderas. La Virgen se ha quedado dormida en la cueva secreta, me dijeron, la Virgen duerme y sueña los sueños más dulces, los más inocentes, para compensar las pesadillas de los hombres. La Virgen eres tú, has de soñar con el Paraíso, entretente en soñar con el Paraíso, si es necesario copia algún detalle de los Antiguos Maestros, que el unicornio paste tranquilamente junto

al león. Dedícate a soñar con el Paraíso y que esté muy lejos, siempre más lejos, nosotros te ayudaremos con nuestras pantallas táctiles. Podremos aconsejarte con la gramática, para que esté todo en su sitio, y con los colores, para que esté siempre a la moda. Aleluya, aleluya, osanna en el cielo. Y en cada entrega, el guionista de guardia lo revisará y le dará el punto Hollywoodiense, al fin y al cabo, todos queremos que sea un superventas, un superéxito. Todas las historias han de acabar en superéxitos, en especial las que son demasiado oscuras y renquean y hacen renquear a millones y millones de personas. Si les preguntas a todos esos que renquean, que no saben sino arrastrar su vida, por qué lo hacen, nadie dirá nada, dirán que ese no es su cuento. Nadie quiere que ese sea su cuento. Eso me contaron. Pero yo guardé mis palabras y mis hechos, las recubrí de la cal de mis huesos hasta protegerlas con una cáscara, las incubé desde el fondo del olvido. Os esperaba, hermanas, os esperaba. Y aprendí a mover las cosas de lugar, a tirar los vasos desde el borde de la mesa, a desatancar las puertas, y puse mis palabras entre las ramas más altas del cerezo, por si alguna se atrevía a alcanzarlas y a cuidar de ellas, por si alguna tenía la paciencia de esperarme. Ahora, estoy en vuestra mano, aún por dentro de la cáscara, dispuesta para romper el silencio de todo ese ruido que nos han echado encima con mis pobres palabras salvajes, casi trinos, casi astillas quemadas, cenizas, pero decidme, ¿qué pájaro necesita otro canto sino el suyo?

FIN DE VERDE RABIA